

De aliados a alineados

[Andrés Ortega](#)

En la superficie, las aguas del Atlántico han vuelto a calmarse. Pero difícilmente regresarán a su cauce, pues éste ha cambiado, y no sólo debido a la profunda crisis que ha supuesto la guerra de Irak. La visita del reelegido presidente Bush a Bruselas el pasado febrero marcó un nuevo tono. Por primera vez se dirigió a la Unión Europea como tal y, además, parece haberse percatado de que, incluso para el más poderoso, la legitimidad cuenta en política internacional. La advertencia previa del canciller Schröder de que las relaciones transatlánticas deben llevarse en un nuevo foro que reúna a la UE y a Estados Unidos no pasó en balde. Pero ¿está la Unión capacitada para responder a este desafío? No es nada seguro. Toda la culpa o responsabilidad no es, pues, de Washington.

Con o sin Constitución, en la UE ampliada ha empezado a abrirse camino la idea o la práctica de grupos de países en formaciones diversas. La llamada UE-3 se refiere al eje central de Londres, París y Berlín, y es ya una realidad que funciona en distintas cuestiones. Es el corazón político, de gestión de crisis y de capacidad de proyectar fuerza de la Unión. Según el analista alemán Joseph Janning, Francia y Alemania, aunque entre sí estén más juntas, se han percatado de que no es posible ninguna coalición de peso en el seno de la UE sin el Reino Unido. El escalón siguiente es, añadiendo Madrid y Roma, la UE-5, la que mejor funciona en la cooperación antiterrorista. Y hay otras.

El caso es que se va aceptando este modelo en el día a día, a costa, sin embargo, de instituciones como el Consejo, la Comisión y el Parlamento Europeo. Claro está, "una relación transatlántica viable requiere una política exterior europea más coherente", como afirma Charles Grant desde el Centre for European Reform de Londres, partidario de que la voz europea en estas relaciones no la gestione el conjunto de los 25 ni las presidencias rotatorias, sino otra formación integrada por la UE-3, el presidente de la Comisión y Javier Solana, como alto representante y futuro ministro europeo de Asuntos Exteriores. Es algo delicado para la posición

de España.



Muchos coinciden en que el punto de encuentro transatlántico –el lugar para debatir cuestiones estratégicas entre europeos y americanos– ha dejado de ser la OTAN. La Alianza se amplía sin límite. Tiene un papel importante en la modernización y control democrático civil de los ejércitos en los nuevos miembros que van entrando y en operaciones de pacificación. Y ya prácticamente es una asociación de alcance global. Pero cuando ha llegado a un punto culminante de su vida –aunque aún falta que ingrese Rusia–, ha perdido centralidad política, también porque la percepción del peligro es diferente. Ya no es una alianza de defensa frente a una amenaza estratégica y existencial común, sino que se ha convertido en una caja de herramientas, muy importante, pero poco más.

De hecho, la OTAN no es el lugar adecuado para la cada vez más necesaria concertación entre Europa y Estados Unidos sobre cuestiones globales: el terrorismo, Corea del Norte, India y Pakistán, el futuro de China y de las relaciones con Pekín u Oriente Medio. La globalización de las políticas exteriores no ha llevado a la globalización política de la OTAN, sólo a la militar. Sin llegar a la afirmación de Rumsfeld de que "es la misión la que determina la coalición" y no al revés, Stephen Szabo, de la Johns Hopkins University, señala que "la alianza transatlántica ha muerto y será reemplazada por alineamientos, más que alianzas"; alineados, más que aliados o, como máximo, socios: la "asociación global" de la que habla Nicole Gnesotto, directora del Instituto de Estudios de Seguridad de la UE, para lo que "Europa debe dejar de dudar".

Estados Unidos tampoco es una unidad. Más allá de las diferencias entre la Casa Blanca, el Pentágono y el Departamento de Estado (que siempre las hay), la sociedad está profundamente polarizada ante la política exterior de Bush, siguiendo líneas ideológicas

y de los dos partidos, según la encuesta de The Century Foundation (www.securitypeace.org), aunque hay un consenso amplio sobre algunos *valores* clave y prioridades. Pero no es tanto que los estadounidenses sean de Marte y los europeos de Venus, según la nefanda frase de Robert Kagan, sino las diferencias sobre cómo hacer las cosas, el valor del derecho internacional y el uso de la fuerza (como dijo el *neocon*, cuando uno tiene un gran martillo y ve un clavo, siente una imperiosa necesidad de usarlo).

En el futuro no habrá alianzas, sino alineamientos; alineados más que aliados, o, como máximo, socios

Hoy el debate gira, sobre todo, en torno al fomento de las libertades y la democracia en el mundo. No es el objetivo lo que separa ambos lados del Atlántico. De hecho, la Unión europea es uno de los mejores inventos históricos para fomentar la democracia entre sus miembros, aspirantes y –es de esperar–, en un futuro, vecinos.

¿Deberían estas relaciones centrarse en la agenda concreta y evitar los debates ideológicos? Sí. A finales de junio ha de celebrarse una conferencia entre la UE y Estados Unidos sobre Irak y otra sobre China, con una concertación permanente para evitar sorpresas, como el levantamiento del embargo de ventas de armas a Pekín.

El punto de encuentro o desencuentro puede ser la cumbre de Naciones Unidas en septiembre, que abordará la reforma de la Organización –la cual no se limitará al Consejo de Seguridad, donde Alemania quiere un sillón permanente–. Ni Berlín ni París ni Londres hablan de que la Unión Europea como tal esté representada en ese organismo central en Nueva York. Ahí quedan algunos límites. De hecho, Estados Unidos no se opone. No le preocupa que el Viejo Continente tenga una representación excesiva, sino que tal reforma tenga por consecuencia que una mayor representación de África o Asia cambie los equilibrios en el Consejo de Seguridad. Bienvenidos a la tierra del *ad hoc*, de las alineaciones y de las alienaciones.

Como siempre, estamos abiertos a sus comentarios.

En la superficie, las aguas del Atlántico han vuelto a calmarse. Pero difícilmente regresarán a su cauce, pues éste ha cambiado,

y no sólo debido a la profunda crisis que ha supuesto la guerra de Irak. La visita del reelegido presidente Bush a Bruselas el pasado febrero marcó un nuevo tono. Por primera vez se dirigió a la Unión Europea como tal y, además, parece haberse percatado de que, incluso para el más poderoso, la legitimidad cuenta en política internacional. La advertencia previa del canciller Schröder de que las relaciones transatlánticas deben llevarse en un nuevo foro que reúna a la UE y a Estados Unidos no pasó en balde. Pero ¿está la Unión capacitada para responder a este desafío? No es nada seguro. Toda la culpa o responsabilidad no es, pues, de Washington.

Con o sin Constitución, en la UE ampliada ha empezado a abrirse camino la idea o la práctica de grupos de países en formaciones diversas. La llamada UE-3 se refiere al eje central de Londres, París y Berlín, y es ya una realidad que funciona en distintas cuestiones. Es el corazón político, de gestión de crisis y de capacidad de proyectar fuerza de la Unión. Según el analista alemán Joseph Janning, Francia y Alemania, aunque entre sí estén más juntas, se han percatado de que no es posible ninguna coalición de peso en el seno de la UE sin el Reino Unido. El escalón siguiente es, añadiendo Madrid y Roma, la UE-5, la que mejor funciona en la cooperación antiterrorista. Y hay otras.

El caso es que se va aceptando este modelo en el día a día, a costa, sin embargo, de instituciones como el Consejo, la Comisión y el Parlamento Europeo. Claro está, "una relación transatlántica viable requiere una política exterior europea más coherente", como afirma Charles Grant desde el Centre for European Reform de Londres, partidario de que la voz europea en estas relaciones no la gestione el conjunto de los 25 ni las presidencias rotatorias, sino otra formación integrada por la UE-3, el presidente de la Comisión y Javier Solana, como alto representante y futuro ministro europeo de Asuntos Exteriores. Es algo delicado para la posición de España.



Muchos coinciden en que el punto de encuentro transatlántico –el lugar para debatir cuestiones estratégicas entre europeos y americanos– ha dejado de ser la OTAN. La Alianza se amplía sin límite. Tiene un papel importante en la modernización y control democrático civil de los ejércitos en los nuevos miembros que van entrando y en operaciones de pacificación. Y ya prácticamente es una asociación de alcance global. Pero cuando ha llegado a un punto culminante de su vida –aunque aún falta que ingrese Rusia–, ha perdido centralidad política, también porque la percepción del peligro es diferente. Ya no es una alianza de defensa frente a una amenaza estratégica y existencial común, sino que se ha convertido en una caja de herramientas, muy importante, pero poco más.

De hecho, la OTAN no es el lugar adecuado para la cada vez más necesaria concertación entre Europa y Estados Unidos sobre cuestiones globales: el terrorismo, Corea del Norte, India y Pakistán, el futuro de China y de las relaciones con Pekín u Oriente Medio. La globalización de las políticas exteriores no ha llevado a la globalización política de la OTAN, sólo a la militar. Sin llegar a la afirmación de Rumsfeld de que "es la misión la que determina la coalición" y no al revés, Stephen Szabo, de la Johns Hopkins University, señala que "la alianza transatlántica ha muerto y será reemplazada por alineamientos, más que alianzas"; alineados, más que aliados o, como máximo, socios: la "asociación global" de la que habla Nicole Gnesotto, directora del Instituto de Estudios de Seguridad de la UE, para lo que "Europa debe dejar de dudar".

Estados Unidos tampoco es una unidad. Más allá de las diferencias entre la Casa Blanca, el Pentágono y el Departamento de Estado (que siempre las hay), la sociedad está profundamente polarizada ante la política exterior de Bush, siguiendo líneas ideológicas y de los dos partidos, según la encuesta de The Century Foundation (www.securitypeace.org),

aunque hay un consenso amplio sobre algunos *valores* clave y prioridades. Pero no es tanto que los estadounidenses sean de Marte y los europeos de Venus, según la nefanda frase de Robert Kagan, sino las diferencias sobre cómo hacer las cosas, el valor del derecho internacional y el uso de la fuerza (como dijo el *neocón*, cuando uno tiene un gran martillo y ve un clavo, siente una imperiosa necesidad de usarlo).

En el futuro no habrá alianzas, sino alineamientos; alineados más que aliados, o, como máximo, socios

Hoy el debate gira, sobre todo, en torno al fomento de las libertades y la democracia en el mundo. No es el objetivo lo que separa ambos lados del Atlántico. De hecho, la Unión europea es uno de los mejores inventos históricos para fomentar la democracia entre sus miembros, aspirantes y —es de esperar—, en un futuro, vecinos.

¿Deberían estas relaciones centrarse en la agenda concreta y evitar los debates ideológicos? Sí. A finales de junio ha de celebrarse una conferencia entre la UE y Estados Unidos sobre Irak y otra sobre China, con una concertación permanente para evitar sorpresas, como el levantamiento del embargo de ventas de armas a Pekín.

El punto de encuentro o desencuentro puede ser la cumbre de Naciones Unidas en septiembre, que abordará la reforma de la Organización —la cual no se limitará al Consejo de Seguridad, donde Alemania quiere un sillón permanente—. Ni Berlín ni París ni Londres hablan de que la Unión Europea como tal esté representada en ese organismo central en Nueva York. Ahí quedan algunos límites. De hecho, Estados Unidos no se opone. No le preocupa que el Viejo Continente tenga una representación excesiva, sino que tal reforma tenga por consecuencia que una mayor representación de África o Asia cambie los equilibrios en el Consejo de Seguridad. Bienvenidos a la tierra del *ad hoc*, de las alineaciones y de las alienaciones.

Como siempre, estamos abiertos a sus comentarios. **Andrés Ortega**

Fecha de creación

7 septiembre, 2007